

## **Sobre la utilidad de las ciencias sociales en tiempos de neoliberalismo y posverdad**

*Juan Ignacio Piovani*

Director del Programa de Investigación  
sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (Pisac)

Voy a tratar de ser lo más ordenado y coherente posible en la exposición. Para ello preparé un esquema con cuatro puntos.

El primer punto que quiero marcar, pensando en la utilidad de las ciencias sociales y humanas, tiene que ver con que no se trata de una preocupación exclusivamente argentina. Es algo que en la actualidad se discute en muchos y muy diferentes contextos. Es obvio que esto no es consuelo de tontos, no es para decir: “bueno, como pasa en todos lados, ya está”. Más que una excusa es una invitación a poner nuestros debates en un contexto más amplio y también pensar estrategias no solo en el plano local, sino aquellas que nos puedan conectar con otras instituciones y con colegas de América Latina y de otros lugares del mundo.

Esta discusión, a mi juicio, tiene diferentes aspectos. El más general tiene que ver con una puesta en cuestión de la relación entre ciencia y desarrollo. A principio de la década de 1940, en plena Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Estados Unidos, aunque todavía no había entrado en la guerra, establece un primer organismo nacional de políticas científicas que fue la Oficina para la Investigación Científica y el Desarrollo (OSRD), que marcó el estilo y el destino de lo que iban a ser las políticas científicas gubernamentales en casi todo el mundo y generó un cierto consenso en torno a la utilidad de la ciencia por su contribución al desarrollo. En

efecto, hay muchísima evidencia de que los países que más han invertido en investigación científica también son los que tienen los mejores indicadores en una amplia variedad de cuestiones sociales y económicas.

Esta afirmación se refuerza aún más si se considera que, en las últimas décadas, los pocos países que alcanzaron un nivel de desarrollo comparable al de Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia, Nueva Zelanda y Europa Occidental, viniendo de situaciones de subdesarrollo, son aquellos que invirtieron un mayor porcentaje de sus PBI en ciencia y tecnología. Estoy hablando de Corea del Sur, Singapur, Israel y Taiwán. Si bien Israel es un caso particular en términos de la transición al desarrollo, estos son algunos de los países que más invierten en CyT en relación con su PBI, y así lo han hecho de manera consistente a lo largo de muchos años. Por ejemplo, de acuerdo con datos de la OCDE para 2014,<sup>30</sup> Corea ocupaba el primer lugar, con una inversión del 4.3 % del PBI, seguido por Israel con 4.2 %; Taiwán se ubicaba en el séptimo puesto, con 3 %, y Singapur el decimoquinto, con 2.18 %. Argentina, por su parte, invirtió ese año el 0.59 % de su PBI en CyT, y este porcentaje se ha reducido a partir de 2015.

A pesar del tradicional consenso respecto de esta relación entre ciencia y desarrollo, en la actualidad muchos gobiernos han empezado a recibir demandas —sobre todo a medida que aumenta la intromisión de la lógica empresarial y financiera en la gestión de los asuntos públicos— para que la demuestren a través de evidencias puntuales desde el punto de vista del eficientismo. Entonces, la discusión sobre la relación entre ciencia y desarrollo ha pasado a tener una fuerte

---

30 Véase <https://data.oecd.org/rd/gross-domestic-spending-on-r-d.htm>

connotación monetaria y de análisis del retorno de las inversiones, al punto que en muchos casos se ha reemplazado el concepto de *inversión* en ciencia y tecnología por el de *gasto*.

Es un hecho que los gobiernos están urgidos por justificar, a través de modelos estadísticos, que la inversión en ciencia tiene un retorno. Para ello se han procurado determinar relaciones empíricas de todo tipo. Por ejemplo: ¿cuántos empleos directos genera cada millón de dólares que se invierte en CyT?; o bien ¿en cuánto disminuye el gasto en salud pública por millón de dólares adicional que se destina a los programas de investigación de los institutos nacionales de salud de Estados Unidos? Esto hasta tal punto que el gobierno de Obama estableció una organización que se llama Star Metrics, en la que participan instituciones que en cierto sentido podríamos considerar equivalentes a Conicet, ANPCyT, CIN, etcétera, y cuyo objetivo principal es el desarrollo de métodos de medición del impacto económico de la inversión en ciencia. Pero no en términos generales, sino bien específicos: se trata de desarrollar modelos que cuantifiquen el impacto de la inversión científica en el empleo, la generación de empresas, el comercio, el desarrollo de nuevos productos, entre otros.

Esta es, entonces, la primera cuestión: la discusión más amplia, a escala mundial, sobre la utilidad de la ciencia; que tiene que ver, a su vez, con la pregunta acerca de si la inversión científica en verdad trae algún beneficio concreto para el desarrollo, la expansión productiva, los intercambios comerciales y, en definitiva, la calidad de vida de la población. En resumen, se apunta a determinar —por decirlo de un modo más descarnado— si tal inversión tiene retorno y cómo cuantificarlo.

El segundo punto que quiero plantear es que, a la par de este debate sobre el impacto económico “real” de la inversión en CyT, en muchos lugares del mundo se están produciendo recortes presupuestarios en este rubro. Y esto está directamente relacionado con algunos de los planteos que acabamos de presentar. Por un lado, si el vínculo entre en la ciencia y el progreso social, económico y productivo se pone en cuestión, ganan espacio las posturas contrarias a la asignación de fondos públicos para la ciencia. Por otro, si la inversión en ciencia ha de justificarse a partir de sus retornos económico-financieros, entonces se promueve un desplazamiento desde la inversión pública, muchas veces focalizada en ciencia básica, hacia la inversión del sector privado en investigación y desarrollo (I+D), que obviamente apunta a la obtención de ganancias. La inversión privada en I+D tendería a reforzar el argumento del retorno como justificación de la investigación científica, concentrándose en estudios aplicados que puedan tener una traducción más inmediata en productos comercializables, y desalentando de este modo la clásica inversión pública en ciencia básica.

Tampoco esto es una exclusividad argentina. Pensemos en el caso de Brasil, donde el recorte del financiamiento ha sido bastante drástico (en becas, en proyectos, etcétera). Pensemos también en España o en Italia, por tomar otros ejemplos muy cercanos a los argentinos. En el caso español ustedes saben que hubo una tremenda fuga de cerebros en los últimos años por los recortes que llevó adelante el gobierno de Rajoy. Lo mismo sucedió durante el gobierno de Renzi en Italia.

El tercer punto que quiero abordar es que, en este contexto de mayores restricciones, con menos recursos para distribuir, las ciencias sociales y humanas han sido el principal foco de hostigamiento y de sospechas sobre la utilidad. Y

esto tampoco es exclusividad argentina. El anterior primer ministro de Canadá, Stephen Harper, por ejemplo, en el marco de una situación conflictiva con pueblos originarios por la explotación minera y por la economía extractiva, dijo algo así como: “No me vengan con sociología, este no es momento de hacer sociología. La sociología en esto no tiene nada que ver, no sirve para nada”.<sup>31</sup>

También me viene a la mente el caso de Mary Beard, la famosa latinista de Cambridge, experta en historia de Roma, que fue invitada por la BBC para hacer programas infantiles sobre la Inglaterra romana, el período de dominación romana en Inglaterra.<sup>32</sup> Ella escribió los libretos y coordinó estas iniciativas. Y ¿qué es lo que pasó? Pasó que ella describe un período de la dominación romana en que la autoridad máxima de la colonia era un africano subsahariano, y esto dio lugar a un revuelo tremendo en los medios de comunicación, y, especialmente, en las redes sociales. Beard fue atacada con virulencia, de la misma manera en que fuimos atacados los investigadores sociales argentinos a fines de 2015 (y seguimos siéndolo) por *trolls* y por comentaristas en los foros de los diarios, entre otros. La cuestionaron en duros términos por haber osado decir que en Inglaterra el líder había sido un negro. Le dijeron todo lo que a ustedes se les pueda ocurrir, y ella tuvo que soportarlo estoicamente.

---

31 Véase Rufo, V. (2014). “La vendetta del primer ministro Harper contra la sociología”. Radio Canadá Internacional. Disponible en <http://www.rcinet.ca/es/2014/08/27/la-vendetta-del-primer-ministro-harper-contra-la-sociologia/>

32 Véase Altares, G. (2017). Mary Beard, la latinista que no esquiva ninguna pelea en Twitter. El País. Disponible en [https://elpais.com/cultura/2017/09/08/actualidad/1504892486\\_000853.html](https://elpais.com/cultura/2017/09/08/actualidad/1504892486_000853.html)

Este tipo de hostigamiento se ha acrecentado recientemente en muchos lugares. Y con frecuencia se pone el foco en la supuesta inutilidad de las ciencias sociales y humanas: “¿por qué deberíamos sostenerlas con nuestros impuestos?”. Es en esta línea que se encuadran las expresiones de sentido común que aparecieron muy claramente en los medios de comunicación, en las redes sociales y en los foros: “¿para qué voy a pagar con mis impuestos una investigación sobre las hinchadas de fútbol, o sobre la música popular, o sobre las letras de las canciones de la cumbia villera, o lo que fuera?”. Esto mismo, repito, es en algún sentido lo que le pasó a Mary Beard.

Ahora sabemos que este tipo de discurso, esta hostilidad, se ha extendido también al campo artístico. Por ejemplo, en la ciudad de Porto Alegre, había hace poco una exposición de artes disidentes en el Brasil contemporáneo, financiada por el Estado pero también por privados, como el Banco Santander.<sup>33</sup> Y a raíz de esta exposición empezaron a circular por las redes sociales ataques que recurrían al mismo tipo de argumento: “¿por qué con los impuestos de los brasileños tenemos que financiar este arte?”, al que calificaron con la categoría nazi de “arte degenerado”.

Junto con Martín Urtasun y Pilar Pi Puig —dos jóvenes investigadores en formación del instituto— estamos a cargo de la traducción al castellano de la revista *Global Dialogue*, que es la revista de divulgación de la Asociación Internacional de Sociología. Allí se reportan investigaciones sociológicas de todo el mundo, y si leen los últimos números, van

---

33 Véase Agnese, M. (2017). El Santander cancela una exposición sobre diversidad sexual en Brasil presionado por grupos de derecha. Público. Disponible en <http://www.publico.es/internacional/brasil-banco-santander-cancela-exposicion-diversidad-sexual-brasil-presionado-grupos-derecha.html>

a encontrar que siempre está sobrevolando lo mismo: la cuestión de las movidas antiintelectuales, la discusión sobre la validez de la investigación social y la utilidad de la ciencia. Y esto en el marco de lo que genéricamente conocemos como *posverdad*.

Estoy recordando, por ejemplo, dos artículos muy interesantes de colegas polacas<sup>34</sup> sobre cómo desde ciertos sectores conservadores, alentados por la Iglesia católica (pero no solo por ella), se busca poner en discusión la categoría de género y las perspectivas de género, y usar esto como recurso en las campañas de los movimientos pro-vida y en los intentos de demonización de las feministas.

Bueno, si ustedes toman esa revista van a encontrar en todos los números artículos en los que se retratan situaciones muy similares a la nuestra, en el sentido de los embates contra las ciencias sociales, sus conceptos y análisis de la sociedad. En el contexto de posverdad, nos hablan de movimientos que llaman “iliberales”, porque también tendrían que ver —de acuerdo con la interpretación relativamente estándar que circula en la sociología mundial— con el fracaso de la democracia liberal, en particular en su formato socialdemócrata.

Los medios masivos de comunicación y las redes sociales potencian estos discursos críticos sobre la utilidad de las ciencias sociales, e incluso apuntan a deslegitimar y estigmatizar a la investigación social en general. Pero en Argentina tal vez haya un elemento adicional. No se trata de reacciones totalmente espontáneas, que surgen, circulan y se potencian en

---

34 Véase “Hacia un futuro iliberal: ‘antigenerismo’ y antiglobalización”, de Agnieszka Graff y Elzbieta Korolczuk, y “La defensa de los derechos reproductivos en Polonia”, de Julia Kubisa. En *Diálogo Global* 7, n° 1, Año 2017. Disponible en <http://globaldialogue.isa-sociology.org/wp-content/uploads/2017/03/v7i1-spanish.pdf>

las redes a través de las interacciones entre usuarios “reales”, sino que, en apariencia, también estarían siendo incentivadas por el gobierno y otros actores institucionales por medio del accionar de *trolls*. Además, algunos funcionarios, incluso del área de CyT, que se supone deberían contar con mayores elementos para defender, sostener o conocer de qué se trata la investigación científica, han alimentado en algún sentido la discusión sobre su utilidad a partir de estereotipos y diversas formas de estigmatización.

Y esto más allá del antecedente, tal vez en cierto sentido premonitorio, de unas conocidas declaraciones de 2008 del ministro Lino Barañao.<sup>35</sup> El Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación productiva se crea en diciembre de 2007, y las declaraciones a las que me refiero las hizo el ministro en el marco de una entrevista en enero de 2008, en la que dijo que: “Las ciencias sociales son importantes pero tendrían que tener una revolución metodológica para convertirse en ciencias. No tienen argumentaciones, no tienen fundamento empírico y entonces podríamos decir que no se diferencian mucho de la teología”.

Hablando justamente de teología, aprovecho para señalar una cuestión más bien anecdótica, que deja en evidencia que los discursos de muchos funcionarios en relación con las ciencias sociales son retrógrados incluso si los comparamos con los de algunos sectores autorizados de la Iglesia católica. ¿Por qué lo digo? Porque precisamente en estos días se dio a conocer la noticia de la próxima publicación de un libro de entrevistas sobre política y sociedad que hizo el

---

35 Véase Veiras, N. y Moledo, L. (2008). Los científicos deben asumir su compromiso social. Página 12. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-97152-2008-01-07.html>



sociólogo francés Dominique Wolton con el Papa, y encontré que en un pasaje el Papa mismo defiende con mucho énfasis la importancia de las ciencias sociales por los beneficios que aportan para el desarrollo humano, incluso defiende al psicoanálisis y las terapias psicológicas.

El cuarto punto que quiero plantear, en el marco de este panorama, es por qué hablar de la utilidad del conocimiento y de conocimiento útil, y qué significa que un conocimiento sea útil. Me parece importante reflexionar sobre esto porque es algo que se puede plantear de muchas maneras, y uno de los problemas que vemos –y que en algún sentido acabamos de sugerir– es que detrás de los discursos de algunos funcionarios hay una mirada muy reduccionista de la utilidad. Es una utilidad meramente práctica, que implica que el conocimiento se pueda traducir de inmediato en un producto tangible, en algo que se pueda comerciar en el mercado, que pueda tener un precio, que se pueda comprar y vender. La legitimación de esta perspectiva sería que, en última instancia, la investigación se financia con los impuestos, y que esos fondos públicos que se utilizan para financiar la investigación tendrían que dar lugar a investigaciones que solucionen problemas concretos.

En relación con esto quiero señalar dos cuestiones. La primera es una paradoja. Ustedes saben que en Argentina, como en muchos otros lugares del mundo, se hacen con frecuencia encuestas de opinión pública. Y en estas encuestas, especialmente cuando estamos fuera de los períodos electorales, se suele indagar acerca de las mayores preocupaciones de la población y sobre los problemas que consideran que es urgente abordar y resolver. Sistemáticamente, en distintas encuestas que se hacen desde hace décadas, salen en los primeros lugares los mismos temas: pobreza, educación,

salud, desocupación, seguridad, etc. Puede ser que en un momento esté primero uno de ellos y después baje al puesto tres, y que el que estaba en el puesto cinco pase al dos, pero siempre aparecen mencionados allí. Entonces me pregunto, ¿cuáles de estos problemas que la población expresa como sus principales preocupaciones, no requieren para su resolución –y de manera crucial– los conocimientos de las ciencias sociales? En todo caso podríamos plantear que se trata de problemas que exigen abordajes interdisciplinarios, pero es obvio que en ellos las ciencias sociales tienen un lugar central.

La paradoja es que los mismos actores (funcionarios y otros) que sostienen un discurso que tiende a reducir la utilidad de la ciencia a la resolución instrumental de problemas urgentes y concretos de la sociedad argentina, también promueven, apoyan o defienden la reducción de fondos de investigación para las ciencias sociales. En síntesis, se deslegitima a las ciencias sociales y se pone en duda la utilidad de sus conocimientos, a pesar de que los estudios de opinión pública muestran que los problemas que la sociedad considera urgentes son objeto de estudio de las ciencias sociales.

La otra cuestión es que, al menos en la actualidad, el tema de la utilidad del conocimiento científico está muy emparentado con lo que decía al principio sobre cómo se demuestra cuantitativa y monetariamente la relevancia de la inversión en CyT. Nuestros funcionarios suelen recurrir a modelos hipersimplificados. Pero si ustedes revisan el campo de los estudios sobre el impacto de la ciencia, van a encontrar discusiones muy sofisticadas que tienen en cuenta aspectos cualitativos, externalidades, etc., y que apuntan a la dificultad, por ejemplo, de traducir en un modelo los aportes de las ciencias sociales, en particular desde un punto de vista monetario. No hay un consenso total, o un modelo universalmente

aceptado para abordar este problema, y por eso fue que el gobierno de Estados Unidos, frente a esta demanda, creó el organismo especializado que ya mencionamos, que desde hace algunos años viene estudiando las formas de evaluar los impactos científicos, y en el que se han volcado muchos recursos para llegar a establecer los modos más adecuados de determinar y cuantificar los impactos. En cambio, acá con frecuencia se escuchan planteos del tipo: “cada punto de aumento en los resultados de las pruebas PISA equivale a 0,5 puntos de incremento en el PBI”. Y a pesar de que la asociación entre el nivel educativo de la población y el tamaño y complejidad de la economía está bien establecida mediante estudios empíricos, expresarla con un modelo tan simplificado es extremadamente superficial.

Esto me hizo acordar al informe de Jorge Lanata<sup>36</sup> sobre el costo de los estudiantes extranjeros en las universidades públicas. Se tomó el presupuesto universitario y se lo dividió por la cantidad de estudiantes. Conclusión: cada estudiante nos cuesta tantos pesos por año. Por lo tanto, los argentinos, con sus impuestos, estarían sosteniendo a estudiantes extranjeros que cuestan, cada uno, ese monto de dinero anual. Esto es de un nivel de ignorancia y de brutalidad metodológica insostenible. Por un lado, no considera cuestiones como el “costo marginal”, que seguramente es variable y que, asumiendo que ya hay cierta capacidad instalada y determinada dotación de personal, sumar un alumno no genera un impacto económico significativo porque no cambia los montos destinados a personal o al mantenimiento de la infraestructura, por ejemplo. Pero además, no es necesario mucho esfuerzo para darse cuenta de que, incluso

---

36 Jorge Lanata, periodista, conductor del ciclo televisivo “Periodismo para Todos”.

haciendo la concesión de hablar en estos términos que apelan al retorno de las inversiones, a la cuantificación de los gastos —aunque la discusión también podría plantearse en términos filosóficos, históricos, políticos— este modelo no tuvo en cuenta muchos aspectos que hacen al entramado de costos, inversiones, gastos. Por ejemplo, no se consideró que algunos estudiantes extranjeros reciben dinero de sus países, o que todos los días comen, hacen compras en el supermercado, pagan alquileres en forma regular, incluso, en no pocos casos aportan a la economía a través de su trabajo. Lo que quiero resaltar, en definitiva, es que un modelo tan simplificado y reducido en variables y relaciones no logra dar cuenta de una cuestión que es enormemente compleja.

Este es un problema que tenemos porque nos enfrentamos con una mirada muy reduccionista de las formas de evaluar y cuantificar la utilidad, y, en ese contexto, las ciencias sociales llevan las de perder. Porque dar cuenta de su utilidad exige mayor poder de abstracción, exige realizar conexiones más complejas y reconocer incluso que algunas implican efectos que no son sincrónicos, sino que están desplazados en el tiempo. Esto está reconocido en la literatura especializada: muchas veces las ciencias sociales —así como en general la investigación básica en ciencias naturales— tienen “retornos” (por usar esta palabra tan cara a nuestros críticos) que no son inmediatos, sino que están desplazados en el tiempo. Y además, su utilidad está inscripta en una red muy compleja de fenómenos, como mostramos de manera elemental para el caso del cálculo de los costos y beneficios de los estudiantes extranjeros, a los que bien podríamos añadir sus aportes de carácter sociocultural. Claro que es difícil, desde cierto punto de vista más economicista, entender un

aporte en términos socioculturales, pero bueno, dejémoslo ahí...

Ahora bien, como venimos sugiriendo, y como ya lo hizo Sandra Carli en su presentación, la utilidad se puede plantear en otros términos. No solo desde el punto de vista de un modelo correlacional bivariado ("esto está asociado con esto" o "si saco más puntaje en PISA aumenta el PBI"). En este sentido recuerdo, por ejemplo, el libro que publicó hace poco el filósofo Nuccio Ordine, que tuvo bastante impacto y que se tradujo a muchos idiomas, que retoma el título de un texto norteamericano más antiguo: *La utilidad de lo inútil*. El libro de Nuccio Ordine hace una defensa de las humanidades planteando la utilidad de lo inútil, o de lo aparentemente inútil.

Entonces, para ir cerrando este punto, preguntaría lo siguiente: ¿en qué sentido son útiles las ciencias sociales, si no vamos a reducir la cuestión a un modelo ultrasimplificado? Seguramente hay muchas formas de responder. A mí me vino a la mente una propuesta de Michael Burawoy que formuló en su discurso como presidente de la Asociación Americana de Sociología en 2004 (luego publicado como artículo)<sup>37</sup>, en la que plantea una tipología sobre la división del trabajo sociológico a partir de los criterios "tipo de conocimiento" (instrumental o reflexivo) y "tipo de audiencia" (académica o extraacadémica). La tipología resultante define cuatro ámbitos en los cuales tiene intervención la sociología (o las ciencias sociales, en sentido más amplio), y para los cuales se pueden plantear formas específicas de utilidad del conocimiento de estas ciencias.

---

37 Burawoy, M. (2005). "For public sociology", *American Sociological Review*, 70, 4-28.

En primer lugar hay un ámbito de trabajo para las ciencias sociales que implica la producción de conocimiento “instrumental” (como lo llama Burawoy) dentro del mundo académico. Y esto tiene que ver con formas de hacer muy consolidadas (métodos, teorías, etc.) cuyos resultados se materializan en *papers*. En relación con ello, y especialmente sobre la entronización del *paper* y la adecuación al modelo de las ciencias naturales, hay muchos debates. Pero no quiero entrar en esas polémicas, sino más bien señalar que en este campo hay claramente una utilidad de las ciencias sociales, en la medida en que a partir de preguntas-problemas se apunta a describir, comprender, explicar distintos aspectos de lo que podríamos llamar, un poco provisoriamente, “realidad social”. Los conocimientos que se producen en el marco de los proyectos de investigación de las ciencias sociales, que se desarrollan en instituciones académicas, también aportan en el campo extraacadémico, por ejemplo cuando pensamos en su potencial incidencia en el diseño, implementación y evaluación de políticas públicas, algo que Sandra Carli ya señaló. En efecto, el conocimiento experto de las ciencias sociales se puede ver en la práctica en muchísimas políticas públicas en Argentina y en otros lugares del mundo. Y no solo cuando los saberes de las ciencias sociales se “transfieren” desde el espacio académico a órganos de gobierno, sino también en el día a día, gracias al trabajo profesional de cientos de egresados de las carreras universitarias de ciencias sociales que trabajan en los ámbitos público y privado y que aportan soluciones a problemas concretos.

Pero tal como propone Burawoy, podemos pensar en otro tipo de conocimiento de las ciencias sociales –que probablemente sea el que más ha estado en cuestión– que él define como *conocimiento crítico*. No se refiere a las respuestas a

preguntas acotadas de la agenda empírica de las ciencias sociales, que pueden dar lugar a conocimientos que también son potencialmente significativos para las políticas públicas. Se refiere a conocimientos que están en íntima relación con preguntas sobre los propios fundamentos de lo que significa la ciencia, la práctica científica, los programas de investigación, las orientaciones metodológicas, los conceptos, las teorías, etc. Este tipo de conocimiento crítico, en el ámbito extracientífico, no alude a la resolución de problemas puntuales de política social, sino a cuestiones clave de nuestras formas de organización social, a nuestros modos de tramitar en lo social los conflictos, y que forman parte del debate público. Tal vez sea en este espacio, como ya dijimos, en donde más se haya puesto en cuestión la utilidad de las ciencias sociales.

En cuanto a esto, diría dos cosas. Por un lado, que hay muchísimos ejemplos de cómo el conocimiento de las ciencias sociales interviene en el debate público. Sandra habló, por ejemplo, de derechos humanos y medio ambiente. Yo podría agregar casos relacionados con cuestiones más específicas, como la discusión parlamentaria de la ley de identidad de género o la de matrimonio igualitario. Evidentemente, no estamos hablando de la resolución de un problema puntual de política pública que requiere de conocimientos instrumentales —como el mejor modo de resolver, por ejemplo, desde un punto de vista técnico, la provisión del servicio cloacal en un barrio equis—, sino de discusiones en las que está en juego cómo concebimos aspectos claves de la sociedad y de la organización social. En este campo las ciencias sociales tuvieron (y pueden tener) una voz muy potente. Tal vez recuerden que en los debates parlamentarios sobre matrimonio igualitario, por ejemplo, fueron citados trabajos como el de

nuestro querido amigo y colega Carlos Fígari<sup>38</sup>. Recuerdo que algunos senadores mencionaron este trabajo en sus discursos, y fue sin duda uno de los materiales que se usaron para sostener la legitimidad de esa nueva ley.

Acabamos de hablar del conocimiento crítico de las ciencias sociales y de su “utilidad” en el debate público. Pero la otra cuestión que quería mencionar atañe a este tipo de conocimiento en el campo académico, más específicamente, a la importancia de la reflexión crítica sobre la ciencia y las ciencias sociales. Más allá de que en la propuesta de Burawoy esto se refiere al análisis de los fundamentos de la ciencia social empírica y cómo se la practica en el ámbito académico, quisiera plantear la relevancia de la reflexión crítica en un plano más general, cuando aborda a la ciencia en general y a la ciencia institucionalizada y a las políticas sobre ciencia y tecnología en particular. Todos estamos al tanto —y preocupados— por la expulsión de jóvenes graduados y exbecarios del sistema científico y en especial por las restricciones al ingreso a la carrera de investigador científico del Conicet. A propósito de esto quisiera mencionar un documento que se elaboró en esta universidad, en el marco de una reunión plenaria del Consejo de Decanos de Ciencias Sociales y Humanas (Codesoc), en la que participaron las/os secretarías/os de posgrado de las distintas facultades. A partir del análisis crítico de la evolución del sistema de posgrados y de las políticas científicas en curso, ya en ese documento, que es del año 2007, se advertía sobre el desacople existente entre la lógica de becas, la de ingresos a la carrera

---

38 Fígari, C. (2010). “Per scientiam ad justitiam!” Federación Argentina LGBT. Disponible en [http://www.lgbt.org.ar/archivos/Libro\\_Senadores2.pdf](http://www.lgbt.org.ar/archivos/Libro_Senadores2.pdf)



de investigador y la de cargos de dedicación exclusiva en las universidades. Se señalaba que de no pensar integralmente el sistema científico y de educación superior, era muy posible que en el futuro cercano surgieran situaciones muy conflictivas a partir de este desacople. En particular, se criticaba a las políticas estatales de formación de recursos humanos que se desentendían del problema de la inserción de las/os nuevas/os doctores. Este documento fue elevado a todas las instancias de decisión, llámese CIN, Conicet, otras. Desde mi punto de vista, esto es un ejemplo, entre muchos otros, de cómo la reflexión crítica sobre la ciencia que se produce en el ámbito académico puede contribuir al desarrollo del sistema científico y universitario; cómo podría también contribuir a orientar programas de investigación, a mejorar la calidad de la enseñanza y de la formación en investigación, a detectar áreas de vacancia temática y geográfica.

Al mismo tiempo, quiero señalar que la crítica situación coyuntural actual nos ha llevado a problematizar de manera profunda el estado de la ciencia en Argentina, y ha despertado un generalizado interés por los debates en este campo. Pero en realidad, hay expertos que vienen investigando estos temas desde hace muchos años (las políticas científicas, las políticas de evaluación, sus efectos sistémicos, etcétera), y es posible que, de haber reconocido la "utilidad" de los conocimientos derivados de estas investigaciones tanto en el ámbito académico como extraacadémico, podríamos haber afrontado mejor las dificultades que implica articularlos con las políticas científicas.

Para cerrar, quisiera proponer un ejemplo de producción de conocimiento en ciencias sociales que pone en evidencia su "utilidad" (no en el sentido restrictivo y meramente

instrumental) en los cuatro ámbitos de intervención definidos en la tipología de Burawoy. Se trata del Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (Pisac), que se desarrolla en el marco del Codesoc y en el que participamos junto a colegas de todo el país.

En este momento estamos empezando a recibir los análisis estadísticos de las bases de datos de hogares y de personas de la encuesta nacional sobre la estructura social y condiciones de vida (ENES), que se realizó como parte del Pisac. Estos datos ayudan a responder muchas preguntas específicas de la agenda de investigación sobre estructura social, migraciones, educación, salud, etcétera, tal como se hace habitualmente en el trabajo científico en los ámbitos académicos. En efecto, hay muchas preguntas de la agenda actual de las ciencias sociales en los niveles local, regional y mundial que están siendo respondidas a través de estos análisis de la ENES. Pero también hay mucho interés para que los resultados puedan aportar a la definición de políticas públicas y, además, para que nutran las voces de las ciencias sociales en el debate público.

No por casualidad señalé que estos resultados aportan al conocimiento de las migraciones, entre otras cuestiones, porque como seguramente saben, desde hace algún tiempo vienen ganando fuerza los discursos regresivos de estigmatización de los migrantes, en especial los que provienen de países limítrofes. Los resultados de la investigación permiten poner este tema en un contexto completamente diferente y le dan a las ciencias sociales la capacidad de anclar su voz pública en la investigación empírica de una manera muy potente. Es obvio que esto no garantiza nada, porque en el actual contexto de posverdad, como se lo llama, hay una tendencia

a igualar la legitimidad todas las fuentes de conocimiento.<sup>39</sup> A pesar de ello, el Pisac no renuncia al compromiso de usar su perfil relativamente alto –por su situación institucional dentro del Codesoc– para intervenir en los debates públicos con base en estos resultados de investigación.

Por último, el programa también tiene un proyecto específico cuyo objetivo es analizar en forma crítica la situación de la ciencia en Argentina, y específicamente de las ciencias sociales; en este caso también se espera poder aportar a políticas públicas en el sector. Un ejemplo de esto fue el Programa de Fortalecimiento de Publicaciones Periódicas, que además de los talleres regionales de formación de editores, dio lugar a un manual de gestión editorial de revistas científicas de ciencias sociales y humanas, un material muy relevante si se tiene en cuenta que en nuestro país existen centenares de revistas de estas disciplinas, pero con bajo nivel de profesionalización de la gestión editorial, lo que a su vez afecta la capacidad de hacer circular los conocimientos de las ciencias sociales tanto en el espacio académico como extraacadémico.

---

39 Tomemos por caso la discusión que se dio hace muy poco sobre las vacunas. A los propulsores de los movimientos antivacunas se los ha confrontado con la evidencia de la investigación experimental en ciencias de la salud: “fíjense que hay cientos de estudios científicos que demuestran que...”, frente a lo que no han faltado las respuestas dogmáticas del tipo: “no lo creo, yo ya estoy convencido de que las vacunas producen autismo, y para mí el tema está cerrado”.